

Hubo un siglo sobre cuatro ruedas de un Seiscientos en el que la libertad sólo tenía tres banderas. La pirata de la infancia, la 'Rayuela' de Cortázar de la adolescencia y el Dos Caballos rojo de la juventud a monte abierto

Una cresta de gallo

Narrativa

POR GUILLERMO BUSUTIL

■ Era el último siglo del blanco y negro de una vida que se perdió en la guerra. Y también del silencio y de los secretos que se cicatrizaban en muchas familias y de aquel Nudo en el que Franco se murió por capítulos y una madrugada de golpe y los españoles volvieron la cara al Sol de la Transición. El fenómeno que permitió a un país cruzar la frontera cerrada, en cierto modo desde Felipe II, hacia un futuro democrático y en cuyo viaje se mezcló la picaresca, el surrealismo de Buñuel, el Marshall de Berlanga y los pechos de Ornella Muti y Victoria Vera. Que de todo hubo en la metáfora de un viento donde además de los luchadores vencidos, de los rebeldes a represalia descubierta y de los cachorros camaradas alimentados en lecturas prohibidas y en garajes de charlas, otros muchos resultaron ser del *Guernica* y el Che de siempre, y los que desfilaban de blanco de repente tenían un clandestino tatuaje anarquista. Del 75 al 79. Cuatro años abiertos como la cresta de un gallo en la palma de la mano donde ese tiempo fue para los preadolescentes, de aquella película de tímido destape y promesa de todo tipo de desnudos, el despertar a la línea del corazón, a la línea de la cabeza, a la línea de la vida. Los tres ejes y renglones de la última novela de Vicente Valero, *Las transiciones*. Libro sentimental de una generación que pasó de jugar a los cromos del catolicismo burgués, domingo de catedral a las doce, del picor del sexo y la periferia de la política a convertirse en la juventud en protagonistas de un futuro sin censura, y que a muchos les fue des-



El poeta y narrador ibicenco Vicente Valero. MOISÉS COPA

pués un jaque de caballo a los sueños, al amor, al trabajo y a la libertad.

Cuenta Valero, como excelente poeta que sabe narrar profundizando en las emociones, en los ecos de la memoria y en la voz del otro yo, una historia de cómplice amistad iniciada en ese cinematográfico y contundente flashback que es el reencuentro del tiempo proustiano en un entierro. Evocadora es la mirada de la muerte frente a la que Julio, Antonio y el narrador Valero se juzgan la memoria ante la joven pérdida del rebelde Ignacio.

Cuatro amigos, cuatro falanges de un destino al que la literatura suele amputarle el mejor de todos para crear la historia alrededor de su sombra, o al que en otras ocasiones convierte en la voz que respunta el travelling coral del tiempo y los recuerdos. En cualquier caso saben mejor los recuerdos con unas copas que abren, como llaves americanas, las puertas del pasado entre ángulos muertos y luces de colores brindando lo que fue el despertar de la conciencia de la vida. La de cuatro jóvenes que, al igual que muchos otros, aun-

que también los hubo más precoces en el compromiso, se apuntan a repartir los carteles ibicencos del primer Adolfo Suárez. Uno de los primeros sueños encadenados a las primeras televisiones en color, a la ternura y temblor del amor hermanado entre Valero y Amalia, consanguínea de Ignacio. O la dictadura del viejo profesor de aquel franquismo en tiza y sepia que representa en la novela el severo director del colegio llamado «el enterrador». Un excelente secundario al igual que el abuelo don Alfonso, al que el narrador redescubre en esa época en la que comenzaron a desvelarse pasados (tristes unos, supervivientes otros, impostores más de uno) su efímera condición de chófer y guía del Caudillo. O la figura del padre ausente, en cuyo despacho jugaban los niños a la vuelta de la escuela. Y también el cura que oficia el interminable funeral. Metáfora de una sociedad cerrada y ensotada alrededor del incienso, del pecado del sexo y aquella doble moral con la imagen de un mueble presidido por un crucifijo bajo un altillo para mantas de invierno y el escondite de las primeras revistas guarraas.

Transiciones morales de la opresión a la libertad; de heroísmos fabulados o entre claroscuros de algunos de los magníficos y humanos personajes de la trama. Lo mismo que la del territorio escénico de un aislado paraíso rural hacia un paraíso del incipiente turismo con el enriquecimiento feroz de los de siempre. Sociología, historia personal, película generacional entre la memoria y la ficción, la vida colectiva y la personal como homenaje y terapia. Un buen cóctel Valero en lo poético y en la prosa de la credibilidad y la humanidad que transmiten la Historia de la que somos a la vez protagonistas y fantasmas.



VICENTE VALERO
Las transiciones

► PERIFÉRICA, 120 PÁGINAS, 15 €

Pasos dados

'Dark', una novelita lumpen de Edgardo Cozarinsky marcada por la sobriedad expresiva y visual

Narrativa

POR EDUARDO SAN JOSÉ

■ Víctor, adolescente de colegio privado, buenas notas y vida familiar del Buenos Aires de finales de los cincuenta, se desvía del recto camino guiado por Andrés, un hombre de oscuras dedicaciones. Una vida regalada y regalada, de futuro previsible, con la única emoción permitida del ascenso social, que de buenas a primeras se deja seducir por la llamada de lo salvaje. La vocación de escritor que sus padres persisten en ignorar es la fisura por donde se cuele el ansia de experiencias fuertes, que lo pondrán en contacto con la cara más oscura de la ciudad: los bajos fondos portuarios, boliches, hosterías y fumaderos de los médanos e islas del delta del Plata, el malevaje tanguero sobre el que un día quizá le interese escribir. Un programa de autoformación literaria guiado por el ingenuo axioma de que para escribir hay que haber vivido (y que vivir es jugársela a cada paso dado).

Sesenta años después, la memoria del escritor que fue ese adolescente es llevada al recuerdo de unos días ya lejanos en que se sintió vivir. La latente amenaza sexual del



EDGARDO COZARINSKY
Dark

► TUSQUETS, 135 PÁGINAS, 15 €

padrinazgo de Andrés y las mañas que Víctor tiene para servirse de ella y descubrir su propia falta de inocencia sostienen la tensión del relato, en el que sin embargo acabaremos por descubrir formas del amor filial más auténtico, antes de que no tanto su carácter como su fortuna se los lleve a cada uno por caminos opuestos. Al fin, "lo que sus padres hubiesen llamado malas frecuentaciones habían sido las que iban a formarlo, y si esa educación había tomado formas consideradas aberrantes por la sociedad, solo cabía juzgarla por el resultado" (p. 131).

Es inevitable pensar en el modelo de Thomas Bernhard en *El sótano*, la historia del chaval que, camino del colegio una mañana, decide pegarse la vuelta e ir hacia los barrios donde espera encontrar la verdadera escuela de la vida, que será su empleo



Fotograma de 'Los 400 golpes', de François Truffaut. CARROSSE/SÉDIF

en un almacén de comestibles. El argentino afincado en Francia Edgardo Cozarinsky (Buenos Aires, 1939) ha escrito esta otra novelita lumpen tal vez ajeno a ese influjo, y sin duda ha tenido más presentes a otros autores de la tradición nacional, cuya impronta ha sabido al mismo tiempo evitar: ni la bohemia lunfardesca de Manuel Gálvez, ni el arrabal expresionista de Roberto Arlt o el criollismo trágico del Borges de guapos y compadritos asoman en una narración que se habría visto tragada por ellos. La sobriedad expresiva y visual de Cozarinsky, seña personal de una obra de gran

interés, lo vinculan más bien a su otro que-hacer de director de cine, y recuerdan aquí al Truffaut de *Los cuatrocientos golpes*. Quizá, pues, entre una y otra orilla, Argentina y Francia, el título en inglés es lo que no me acaba de encajar. Más en un relato que no precisa de esas distancias estilísticas, capaz como es de crear imágenes con gran limpieza de recursos, como esa que hace ver que la trama toca fondo cuando el protagonista se acuesta a dormir vestido. Sin tremendismo ni protesta, pues solo para lo malo el carácter es destino; y cada paso, los dados de nuestro azar.